

EDITORIAL

La investigación educativa (IE) constituye un ámbito estratégico y de oportunidad para el desarrollo de México, considerando sus posibles impactos en el terreno de los procesos y las prácticas educativas, en la construcción de una sociedad del conocimiento y en el diseño de políticas públicas, así como en la toma de decisiones sobre la problemática educativa nacional. Las concepciones sobre el desarrollo de una entidad, de una región, de un país, siguen situando a la educación como un elemento central de inversión a corto y largo plazos.

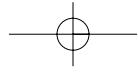
Las crisis en el desarrollo educativo del país y sus múltiples rezagos y carencias demandan de las instituciones y los académicos dedicados a la investigación educativa un papel protagónico para aportar tanto conocimientos como soluciones a sus desafíos actuales y futuros, a los viejos problemas vigentes y a los nuevos entornos sin discernir o en espera de ser intervenidos. Éstos demandan actuar, predecir e imaginar escenarios más equitativos y resultados más efectivos, con un claro sustento ético frente a esa situación.

Actualmente la IE constituye un campo heterogéneo, en cuanto a su planta académica, las concepciones, temas y retos prioritarios de lo educativo, los sistemas de información –integrados con indicadores válidos, fiables y consistentes–, pero sin suficiente aglutinamiento de esfuerzos entre las instituciones abocadas a este campo, las redes, las regiones, las instancias gubernamentales y la sociedad civil.

En lo que se refiere a la planta académica y las instituciones involucradas, podemos señalar que la IE constituye un campo multidisciplinario y multirreferencial, en cuanto responde a las características del objeto educativo.

La IE puede considerarse como un ámbito profesionalizado. Esto quiere decir que existen normas y reglas claras para entender lo que se puede considerar tarea de un investigador, tales como: formación académica de posgrado; publicaciones arbitradas; participación en los principales congresos académicos; evaluación por organismos de investigación, como el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), o bien pertenencia a asociaciones académicas reconocidas por su rigor académico –por ejemplo, en nuestro caso, el Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE), la Academia Mexicana de las Ciencias, o alguna extranjera–, y el reconocimiento de sus pares, en particular por su prestigio académico.

Como espacio institucionalizado, podemos destacar la participación del Centro de Estudios Educativos, el antiguo Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), ahora Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la UNAM, el Departamento de Investigación Educativa (DIE) del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (CINVESTAV), el Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación de la Universidad Iberoamericana y algunas entidades de uni-

**Editorial**

Lourdes M. Chehaibar Náder (2007), vol. XXIX, núm. 117, pp. 3-6

versidades públicas, principalmente la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), la Autónoma Metropolitana (UAM), la de Guadalajara (UDEG), la Veracruzana (UV), la Autónoma de Aguascalientes (UADA) y la Autónoma de Baja California (UABC).

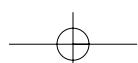
Así, podemos ver que cerca de 60% de la IE se desarrolla en instituciones públicas de educación superior, lo que si bien posibilita que los académicos tengan estabilidad laboral, conlleva algunos problemas, como la dificultad de estructurar planes institucionales de investigación que respondan a las necesidades del país. Además, ante la pérdida del poder adquisitivo de los salarios del personal académico, se han establecido diversos programas de estímulos que han modificado sus patrones de comportamiento, orientados por dichos programas y el SNI –fomentando un cierto individualismo, competencia por recursos y reconocimientos, desinterés en el trabajo colegiado, desvaloración de la docencia, meritocracia, simulación–. A esto se añan las dificultades que enfrentan los académicos con el fin de lograr una percepción económica adecuada para un retiro digno, lo que complica la necesaria renovación generacional en el campo educativo. Al mismo tiempo se han establecido, tanto por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) como de algunas instituciones educativas y organismos públicos nacionales y extranjeros, fondos concursables con determinadas bolsas de financiamiento que pueden colaborar en la inducción de orientaciones por temas y tipos de investigación.

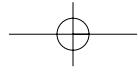
Asimismo se ha documentado la aparición y expansión de formas colectivas de producción de conocimiento, que Norma Gutiérrez (2006) denomina comunidades especializadas en investigación educativa, o redes. Se trata de grupos de referencia temáticos o metodológicos que se articulan como expertos y se legitiman entre sí, con la presencia de liderazgos académicos que cohesionan la tarea, y con formas de organización flexibles, horizontales y colaborativas.

La consolidación del campo por medio de sus publicaciones puede verse en sus revistas especializadas. El Índice de Revistas Científicas del CONACYT ha inscrito a cuatro revistas educativas: *Perfiles Educativos* del IISUE-UNAM, la *Revista Mexicana de Investigación Educativa* del COMIE, la *Revista de la Educación Superior* de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) y la *Revista Electrónica de Investigación Educativa* de la UABC. Además, si revisamos las publicaciones periódicas indexadas sobre educación que se publican en el país, encontramos una cifra de 96 editadas en los últimos 10 años, que siguen vigentes y aparecen en los siguientes índices: Índice de Revistas de Educación Superior e Investigación Educativa (IRESIE), Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (REDALYC), Scientific Electronic Library Online (SCIELO), Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (LATINDEX) y el de CONACYT.

También se han acrecentado los fondos editoriales propios de las instituciones dedicadas al campo de la investigación educativa –tan sólo el del IISUE asciende a casi 300 títulos– y las ediciones privadas (o comerciales) de autores especialistas en esta materia.

Al mismo tiempo encontramos, por un lado, el incremento en el número de planes de estudio destinados a la formación de profesionales de la educación y de los posgrados en la materia y, por otro, la multiplicación y envergadura de reuniones especializadas y de difusión. En éstas pueden advertirse las diferentes tradiciones disciplinarias que confluyen en el campo (pedago-



*Editorial*

Lourdes M. Chehaibar Náder (2007), vol. XXIX, núm. 117, pp. 3-6

gía, sociología, filosofía, historia, economía, etc.); las distintas corrientes de pensamiento, posicionamientos epistémicos, teóricos y conceptuales, abordajes investigativos (cuantitativos, cualitativos, de caso, comparativos, con y sin referente empírico); los actores participantes en lo educativo, sus niveles y modalidades, y los contextos de su desarrollo (social, cultural y multicultural, axiológico, científico-tecnológico, etcétera).

En fin, podemos observar desarrollo, particularización, profundización de objetos, ampliación –aunque no suficiente– de condiciones para la IE, consolidación de grupos, extensión de miradas y abordajes, mecanismos de política pública y agendas de organismos internacionales que impactan su diversificación y su financiamiento.

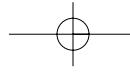
No obstante, el sistema educativo nacional y el desarrollo de su ciudadanía reclaman de investigación educativa y de articulación de esfuerzos, hoy aislados, tanto de entidades y redes académicas como de instancias gubernamentales y organizaciones de la sociedad civil. Corresponde entonces reconocer sus capacidades y logros para apoyarse en ellas y así transformar debilidades y defectos desde cierta mirada de la educación y su problemática.

Hasta esta fecha, y aunque podemos preciarnos de casi tres décadas en el desarrollo sistemático e institucionalizado del campo de la IE, no hemos logrado estar delante de los problemas; es más, muchos de los viejos problemas educativos siguen vigentes y afectan las posibilidades de éxito de los sujetos y del país, sus condiciones de terrible desigualdad, la calidad del aprendizaje, la deserción y el rezago, la formación y actualización de los maestros, así como la capacidad investigativa del país. Además enfrentamos nuevos entornos que generan nuevas condiciones de vida para los sujetos educativos, que tampoco hemos sabido discernir o intervenir.

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ha señalado (2004) la necesidad de que México establezca estrategias nacionales para la investigación educativa, porque existe una insuficiencia en este tema, y es menester ampliar el campo de estudio (que está focalizado en la educación superior) y su distribución geográfica (concentrada en el área metropolitana de la ciudad de México), mejorar su capacidad académica y de infraestructura, así como formar nuevos investigadores.

Por su parte, el Banco Mundial, en una reciente publicación titulada “Mejorar el aprendizaje de los estudiantes en América Latina, el desafío del siglo XXI” (17 de octubre de 2007), se refiere al deficiente desempeño de los estudiantes en nuestro subcontinente, reiterando que el acceso a la escuela no es suficiente para aportar al desarrollo y a reducir las desigualdades, sino que lo esencial es el aprendizaje –aptitudes, conocimientos y competencias para tener éxito en la vida– con calidad. Esto implica una agenda de investigación abocada a entender lo que aprenden, cuándo aprenden, cómo lo hacen y a realizar propuestas para mejorar su aprendizaje, en tanto fenómeno multifactorial donde interactúan estudiantes, maestros, autoridades, familias, escuelas, sistemas y contextos socioeconómicos, políticos y culturales.

Desde este espacio –el de la cotidianidad de maestros y alumnos– se plantean posibilidades para la IE, como los efectos producidos por los programas de formación pedagógica de maestros y sus resultados en los salones de clase; la mejora o construcción de metodologías para obtener y entregar información confiable sobre el desempeño de alumnos y de maestros, y la evaluación rigurosa de las políticas y programas educativos del sector público federal y estatal.



Editorial

Lourdes M. Chehaibar Náder (2007), vol. XXIX, núm. 117, pp. 3-6

Resulta pues indispensable fundamentar la pertinencia y aportación de las líneas de investigación y articularlas con las necesidades y realidades del contexto educativo nacional; elaborar diagnósticos cuanti-cualitativos para ubicar la magnitud de los problemas y las necesidades educativas; establecer un lenguaje común que permita obtener y procesar información homogénea en sistemas nacionales integrados, por niveles y modalidades, que posibiliten rutas a la investigación, la planeación y la gestión; leer y resignificar críticamente las agendas y las recomendaciones de los organismos internacionales, recuperando el legado pedagógico, producto de la experiencia y el pensamiento educativo mexicano y latinoamericano; alargar la mirada sobre las contribuciones desde las distintas disciplinas que confluyen en el campo educativo, para incrementar su rigor científico y aportar soluciones conceptual y metodológicamente rigurosas, abonar en los temas de frontera y en las necesidades educativas mexicanas e iberoamericanas; promover mayor vinculación con los tomadores de decisiones, e incrementar el alcance de la IE mediante una mejor distribución de publicaciones propias, en otros medios y en reuniones organizadas para este fin.

Para abordar estos retos se requiere el concurso de líderes académicos, instituciones y redes, potenciar el trabajo colectivo y la interlocución entre entidades, instituciones, asociaciones y redes nacionales, extranjeras e internacionales, convocando a proyectos cooperativos de investigación, docencia y difusión, con el fin de conjuntar trayectorias y especialidades diversas para potenciar el impacto de los resultados de estas iniciativas, así como promover la formación de jóvenes investigadores y la renovación de la planta académica.

Debemos cuidar las agendas y hacer un enérgico llamado a los tomadores de decisiones para que se comprometan en una verdadera escucha hacia este campo de análisis. La situación de desigualdad e injusticia, social y educativa, demanda no posponer un sólido y serio compromiso para sustentar vías de esperanza hacia un desarrollo justo de nuestros países.

Lourdes M. Chehaibar Náder

Noviembre de 2007

REFERENCIAS

- GUTIÉRREZ Serrano, Norma G. (2006), "Comunidades especializadas en investigación educativa en México", *Cultura y Representaciones Sociales*, año 1, núm. 1, septiembre, en línea en: <http://www.culturayrs.org.mx/revista-num1/gutierrez.pdf>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (2004), "Revisión nacional de investigación y desarrollo educativo. Reporte de los examinadores sobre México", en línea en: <http://www.oecd.org/dataoecd/42/23/32496490.pdf>